



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

OBSERVATORIO PEDAGÓGICO DE MEDIOS UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL FACULTAD DE EDUCACIÓN

Es una organización académica de investigadores
dedicada al seguimiento y análisis de medios y prácticas comunicativas-educativas

DE "ALTA COMPETENCIA" PARA LA EDUCACIÓN

Cuando pensamos el deporte en relación con la educación, estamos acostumbrados a hacerlo en el sentido del lema según el cual la educación debe dispensar una "formación integral". Como se supone que el ser humano tiene cuerpo y alma (gracias a que Descartes operó sobre nosotros esa disección), entonces la particular religión que hemos recibido culturalmente se ha propuesto volverlo a unir. No nos preguntamos por la pertinencia de la separación, ni por la justeza del intento de acoplarlas. El caso es que la educación heredó ese lema y, a la intención inicial de unir las partes supuestamente constitutivas del ser humano, lo único que ha hecho es subdividirlo más, en un número de partes que depende de lo que haya oído quien sea interrogado sobre el tema, gracias a que varios saberes y disciplinas han mediado desde entonces para engrosar el número de las llamadas *facultades humanas*, que en el contexto escolar pueden llamarse también "dimensiones del ser". Así, además de la espiritual y la corporal, puede escucharse hablar de dimensiones afectiva, estética, ética, social, cognitiva, etc.

La relación del deporte con la educación en el sentido de su supuesta contribución a la "formación integral" (*cuerpo sano* para albergar una mente sana) desborda el interés de este escrito. El lema de la "formación integral" está formulado de manera tan débil en la educación que merece una consideración aparte. Aquí nos interesan más bien los *efectos* "educativos" del deporte, más allá de las buenas intenciones, y más allá de la escuela. No sobra decir que tales efectos también se producen desde la escuela, pues ella no necesariamente obra en el sentido de conocer los posibles fundamentos del deporte ni su inserción en la sociedad, sino que, al tomarlo desde la perspectiva de la buena voluntad y de una "formación integral" débilmente comprendida, facilita la producción de tales efectos, mientras cree estar formando al sujeto en el sentido que enuncian sus objetivos.

El deporte también (¿sobre todo?) es un producto comercial

Desde hace mucho tiempo, el deporte es un "producto comercial", aunque esa propiedad salta más a la vista a partir de la segunda mitad del siglo XX. Hoy en día, el deporte mueve millones de dólares en publicidad, contrataciones, entradas, derechos de transmisión a través de los distintos medios, etc. Por eso se presta para

la corrupción: no sólo los árbitros de partidos de segunda división se han visto envueltos en escándalos de ese tipo, sino incluso los miembros del Comité Olímpico Internacional.

Los deportistas llevan en su vestuario, o en los objetos que requieren para su práctica, los nombres de los productos de sus "patrocinadores"... eufemismo para una práctica que sólo se realiza cuando asegura ganancias económicas (entonces, ¿quién patrocina a quién?). Incluso se usa con los deportistas la idea de "pase", según la cual el deportista es una especie de máquina que produce para su dueño, el cual puede utilizarla como quiera, en el bando que quiera. Los salarios que se pagan hacen creer que se trata de una situación envidiable y entonces vemos al público usando también los uniformes de sus ídolos deportivos, portando propagandas que, en el caso del usuario común y corriente, la empresa no paga, pero que producen igualmente sus ganancias a las empresas respectivas; y, como si fuera poco, es necesario pagar precios considerables para poder lucir esas prendas del equipo que se prefiere —ya veremos que las razones de tal preferencia no son tan sencillas—, o para tener alguno —ojalá todos— los objetos marcados con el distintivo del equipo.

Durante mucho tiempo, este "patrocinio" no fue explícito en todas las competencias, pues se trataba de salvaguardar una supuesta inocencia del deporte (por eso hay profesionales en diversas áreas cuyo paso por la universidad norteamericana consistió exclusivamente en jugar bien baloncesto). Pues bien, tal "inocencia" cayó definitivamente ante la carrera ciega por "más rápido, más lejos, más alto, más fuerte" (obsérvese que tal lema no sólo describe el esfuerzo por batir marcas deportivas, pues también podría describir los propósitos del mercado, así se trate de vender objetos o candidatos políticos).

En su momento, los países capitalistas se quejaban del profesionalismo escondido en los competidores del lado socialista. Se sentían intimidados por la utilización política de sus alcances deportivos (lo que quiere decir que para ellos también tenía ese valor). Entonces, presionaron para que las justas internacionales no fueran entre competidores *amateur*. La prueba de que su preocupación recaía más sobre el hecho de no poder ampliar la frontera de sus mercados hasta todos los confines del planeta, es el hecho de que la caída del deporte *amateur* no fue a favor del

deporte inocente, sino a favor del deporte comercializado. El *dopping*, considerado en su momento como el horror que habitaba del lado de los comunistas, hoy es un producto más, que se comercia en establecimientos legales y que mueve fortunas pero –eso sí– en todos los países, al acceso de quien tenga algún ideal (cuerpo, marca, ranking) y dinero para enriquecer a los grandes laboratorios.

Cuando nuestra escuela promueve el deporte y la competencia deportiva, ¿conoce el papel que tal práctica cumple como promoción de un producto comercial? La acción de la escuela puede contribuir a que se considere “normal” el hecho de que por sus espacios circulen estudiantes con la camiseta de un equipo argentino, haciéndole propaganda a determinada marca de cerveza. La “posición crítica” de la que tanto se habla en la escuela parece no apuntar a tocar puntos como éstos, investidos de una bondad y una neutralidad que nuestras prácticas hacen existir, independientemente –insistimos– de nuestros propósitos. Debe ser que respetamos el libre desarrollo de la personalidad.

El deporte mueve pasiones no inocentes

Miles de personas asisten a las justas deportivas, millones de personas están al tanto de las transmisiones en directo: por televisión o por radio; y luego, millones de personas (a veces las mismas) buscan las noticias deportivas a través de la prensa escrita o de los noticieros televisivos o radiales. Es evidente que hay un interés, salvo que a muy pocos les resulta problemático. Es más: con esto del deporte muchos creen hallarse en una “zona de distensión”. La película colombiana *Golpe de estadio* lo ilustra magistralmente: soldados y guerrilleros, trenzados –por definición– en una lucha sin cuartel, eterna y a muerte, se ponen de acuerdo para ver un “importante” partido de fútbol, ya que cierta eventualidad hace que en el sitio de los acontecimientos haya solamente un aparato de televisión. En el momento del triunfo de la selección Colombia, los enemigos acérrimos se abrazan y celebran. Y, pasada la euforia, vuelven a sus trincheras, a odiarse como es de rigor. De la misma manera cree obrar quien muestra interés por el deporte: durante su disfrute parecen caer las diferencias, los odios; allí somos hermanos.

Un par de hechos revelan otro talante de la situación: en 1972, un comando palestino, “Septiembre Negro”, mató varios deportistas judíos. La indignación fue total: la misma cantidad de muertos podía estarse produciendo en la franja de Gaza, pero ¿hacerlo en plenos juegos olímpicos? Luego, en 1980, Estados Unidos “saboteó” los Juegos Olímpicos –que se realizaron en Rusia– en protesta por la presencia de ese país en Afganistán... país que los mismos Estados Unidos atacarían recientemente, en busca de Bin Laden y de que los afganos puedan entrar al mercado de tanto producto alejado de sus costumbres.

No se trata de algo inocente, aunque se aprovecha esa ilusión para que la publicidad sea más efectiva. O sea, de nuevo, se trata de un producto comercial. Ahora bien, las confraternidades descansan, forzosamente, en una segregación. Tiene que haber el “nosotros” para que haya hermanos que se defienden mutuamente; pero el “nosotros” no existe sino a condición de que haya “ellos”, los que no son como nosotros, aquellos de quienes hay que defenderse, los que no han sido objeto de la iluminación o los que son tan malos que divergen de nuestra posición.

Por eso, la fraternidad que nos une en el deporte, la supuesta distensión, en realidad establece la rivalidad con otros, no importa quiénes: si juegan los de 3ªA, los dos equipos se odian y pueden agredirse entre sí estudiantes que pertenecen al mismo curso. Pero si 3ªA juega contra 3ªB, los enemigos de antes ahora estarán unidos, porque tienen un enemigo común, y pueden llegar incluso a la agresión física... y si se hace una selección de los dos terceros de esa institución para jugar contra la selección correspondiente de otro colegio, los que ayer eran enemigos, hoy son amigos... y así sucesivamente, hasta llegar a los hooligans, a las barras bravas y a las muertes. Y muertes no sólo de enemigos: en Colombia hubo 70 muertos durante la celebración del triunfo ante Argentina (el famoso 5-0), y hubo “sólo 17 muertos” –como dijo un periodista en un noticiero– luego de que Nacional ganó la Copa Libertadores de América en 1989.

¿Qué mueve, entonces, tales pasiones? Quien “disfruta” del deporte, se ubica en cierta posición que no es moralmente inocente. La primera sospecha recae sobre el hecho de que los alinderamientos de los grupos suelen darse alrededor de unidades (como los países) y a favor de características (como la fuerza) que no están lejos de procedimientos excluyentes, elitistas y chauvinistas. Puede creerse que los países afirman algo de su identidad a través del deporte, que algo de la dignidad puede estar en juego. No es cierto: cuando un “pequeño” le gana a un “grande”, no se modifican las relaciones internacionales. Más bien la estructura internacional del deporte competitivo es isomórfica con la estructura económica que rige el mundo.

Nuestra fascinación por los ídolos deportivos expresa una ideología muy particular: valoración de la fuerza y desprecio por la debilidad. Esto es al menos nominalmente cercano a la idea de “raza superior” y de exterminio físico de las “razas inferiores”. Se quiere ocultar esto con la idea de que en las actuaciones deportivas sobresalientes admiramos el sacrificio personal, el esfuerzo y el coraje para enfrentar desafíos, la capacidad para llevar a la práctica estrategias efectiva... pero, si en realidad se tratara de eso, seguiríamos los torneos de los parapléjicos con más interés que los juegos olímpicos: ¿acaso en aquellos torneos no hay más “sacrificio personal”? ¿acaso no hay allí mayor desafío? Pero de aquellas justas, poco o nada sabemos, a diferencia de las otras [...].

Este texto, en su versión completa, aparecerá en el Observatorio Pedagógico de Medios No. 11.

Grupo Educación Comunicación y Lenguaje:

Guillermo Bustamante, Martha Cecilia Herrera,
Tomás Vásquez, Luis Fernando Marín, Ancízar Narváez,
Diego Arias, Helbert Escobar.

Si desea recibir los boletines del Observatorio Pedagógico de Medios, por favor háganos llegar su solicitud a:
opm_upn@hotmail.com